CAPITULO XVIII.

El mundo pagano iba á morir; pero ántes de desaparecer para siempre en esa necrópolis de las cosas humanas que llamamos la historia, quiso resumir su pensamiento bajo una figura última. En el dia señalado para esta solemne agonía, una mujer se levantó á orillas del Nilo como la radiante encarnacion del génio de la antigüedad. Hija del geómetra Theon, halló la ciencia, innata en su cuna; aprendió en los brazos de su padre, y sobre sus rodillas, la astronomía; deletreó como primer alfabeto el firmamento; midió el espacio, jugando con la punta de su compás.

Despues de haber leido en el cielo los secretos de los astros, fué á Aténas á estudiar metafísica, esta otra astronomía del pensamiento; evocó bajo los plátanos

del Pireo el espíritu errante de Platon, acogió en su corazon púdico el ideal invisible, y pensativa como una doncella despues de haber recibido el primer beso, volvió á Alejandría. A su vuelta, la juventud neoplatónica la hizo sentarse en la cátedra vacía donde aún resonaba el eco de las palabras de Plótino.

Era hermosa, pero de esa hermosura pacífica de las estátuas. Su frente pálida parecia llevar eternamente el reflejo de la estrella. Nunca su seno al palpitar levantó con sus latidos los pliegues de su cinturon. Se casó por simpatía de idea con el filósofo Isidoro. Pero su matrimonio no fué mas que un celibato de dos personas reunidas para el estudio. Vírgen bajo el techo nupcial, alejó de sus meditaciones toda distraccion que proviniera del corazon. Todo lo escogido de inteligencia humana vino de los tres continentes á sentarse bajo el pié de su cátedra, para oir aún la última palabra de la Grecia brotar de ese lábio perfumado de miel híblea, y para ver brillar sobre su frente, coronada de verbena, el último resplandor de la antigüedad.

Un discípulo la amó, con ese amor ardiente, exaltado, que se alimenta de toda la llama, de todos los ensueños de los valles abrasados é inmensos de Africa.

Cogió su lira, y adormeció con su armonía caida de sus dedos esa pasion ardiente en el desierto. Orfeo volvia por segunda vez sobre la tierra bajo la figura de una austera Ménada.

La celebridad de esta musa, nacida de una sonrisa de Platon, perdida en los límites del siglo V, era una injuria viva á la victoria del cristianismo. El obispo

Cirilo, irritado de oir esa voz de otra civilizacion que hablaba como hubiera hablado cuatro siglos atrás, trasmitió su ira á su iglesia. La poblacion monacal de Alejandro se extremeció: un sueño de sangre visitó al cenobita acostado en su celda.

Pero la jóven inspirada, orgullosa en medio de las almas, atravesó lentamente las calles de Alejandría, de pié, vestida de púrpura, sobre un carro tirado por cuatro caballos blancos, la mano sujetando las bridas, la mirada perdida en las nubes. Continuaba meditando en Dios, con toda la esencia de su pensamiento, y cuando habia pasado, el extremecimiento de su vestido flotaba en pos de ella en el viento, como el ruido divino de su meditacion.

No oia, en la serenidad de su éxtasis, ladrar al monge de Nitria, ese perro sombrío del desierto. Un dia, sin embargo, el diácono Pedro, seguido de un populacho de santos, fué á coger en su carro á la última hija de Platon. La arrastró por el cabello á la iglesia de Cesarium, la despojó de sus vestidos, insultó su belleza, la destrozó lentamente con el cortante de una concha, y cuando cerró los ojos para siempre, aún llena de las confidencias del cielo, empujó con el pié el tronco sangriento de la víctima ante el Dios del Calvario.

Al otro dia un discípulo desconocido reunió los trozos del cuerpo y los depositó piadosamente sobre una hoguera. Allí quemó en las llamas el papiro donde respiraba aún el génio de la Grecia, todo lo que la jóven mártir pagana habia amado, todo lo que habia glorificado entre los vivos.

El holocausto sublime de una civilizacion desapareció en un torbellino de humo, y desde este dia esta alma del mundo antiguo, que se llamaba en la tierra Hypatia, vaga misteriosamente entre la brisa, esperando una nueva encarnacion.

Así murió trágicamente de mano del cristianismo la última y gloriosa personificacion de la antigüedad. Debia morir, en efecto, ella que no sabia aun amar, llevando en su seno vírgen el gérmen estéril de la metafísica de Platon.

El amor únicamente es fecundo. Cristo habia dicho: Yo soy el amor. El apóstol fué á sembrar esta palabra por toda la Europa; la civilizacion siguió al cristianismo.

Habia al Norte de Italia, un país bendito entre todos los países. La mano que guía el viento habia dibujado su arquitectura, para dar hospitalidad á la civilizacion. Esta nueva patria de la humanidad regenerada tenia dos mares, el Mediterráneo y el Océano, como si tuviera que enviar mensajes por todas partes.

Tenia al Levante y al Mediodía una cadena de montañas, que protegia el trabajo interior de su nacionalidad, contra la continua perturbacion de la conquista. Como la Grecia y la Italia, estaba abierta por una sola frontera y accesible á la invasion por una sola brecha. De distancia en distancia, esta doble cadena de montañas proyectaba al centro una larga série de fortalezas, desde los Vosges hasta los Cévennes, inmensos pedestales verdes que vertian sus urnas de nieve por los valles.

Cuatro rios navegables bajaban de lo alto de estos

algibes perdidos en la noche de los pinos, para llevar á dos mares vida y riqueza. Numerosos riachuelos, entrelazados como mallas de plata, cubrian el suelo con una red de fertilidad y un murmullo de frescura. En ninguna parte la misteriosa prevision de la geografía habia equilibrado mejor las llanuras con las montañas y combinado las diversas fuerzas de productos.

Esta otra tierra escogida, asentada á igual distancia del polo y del ecuador, centralizaba y conciliaba en sí el Norte y el Mediodía. Producia igualmente con maternal simpatía, el abedul, el alerce, el álamo, la encina, el plátano, el serbal, el chopo, el sauce, la higuera, el castaño que bebe el agua de los torrentes, el olivo, que destila para la lámpara la luz del sol. Prodigaba con infatigable munificencia todas las variedades de la mies: el trigo, la cebada, el trébol, la zulla, la avena, el centeno, el lúpulo, el cáñamo velludo, que necesita una atmósfera templada para producir su áspero perfume, el trigo negro que abre tristemente sus pálidas flores al soplo de las avalanchas. Producia en las colinas la viña afectuosa cargada del vino más simpático que se ha bebido nunca en el banquete de la humanidad. En fin, comprendia todas las familias esparcidas de vegetales más ó ménos cómplices y solidarias del progreso, en la universalidad de su clima.

La Grecia la habia rozado al paso con la proa de su navío, y le habia dejado en pago una colonia. Roma la habia fecundado con su sangre y la habia convertido á su civilizacion. La Germania, la Iberia, la Escandinavia, la Judea, la Scitia, fueron todas llevadas por no sé qué presentimietno, á verter en esta carne hecha de la de tantas naciones, una nueva sávia de vida, una nueva aptitud, una nueva facultad. Así el vendimiador arroja en sus cubos la vendimia para extraer de la combinacion y de la fermentacion, multiplicada al infinito, de cada racimo con cada racimo, un vino más eléctrico, más generoso.

La alegre primavera desconocida á la primera humanidad en el Eden de la Asia, esparcia sobre este lecho nupcial de todas las razas, la rosa y la lavanda, la margarita y la anémona, la azucena y el romero, el yezgo y el laurel, ardiente verbena que exhala el aroma del deseo, y el espino virginal que flota sobre el arbusto como el alba dudosa de la luna sobre el agua dormida del estanque. Todas estas plantas y todas estas razas vivian entre sí indisolublemente unidas, sin tener que envidiar las unas á las otras la preferencia de la naturaleza. El turno armonioso de las estaciones les vertia á cada una alternativamente el rayo dulcificado del sol.

Este contraste perpétuo de una topografía cortada por llanuras y montañas, con una atmósfera variable siempre errante de una estacion á otra, inspiraba al hombre por el ejemplo, el sentimiento de la variedad y de la actividad. El Mediodia debilita la fibra, el Norte, al contrario, la fortifica con el trabajo; pero la civilizacion no podia habitar una tierra cubierta de yelos y envuelta en nieblas, durante tres meses del año, sumergida en pantanos, sino despues de haber reunido el arsenal de sus armas defensivas y ofensivas contra la naturaleza; el hacha, la sierra, la pala, la palan-

ca, el telar, la rueda de molino; porque sin esto, el hombre vencido por el frio del invierno, abrumado por la inmensidad del trabajo, hubiera vivido continuamente sepultado en la torpeza de la barbárie.

Pero llegó este dia para el Occidente de Europa. La prevision del progreso habia acumulado allí una inmensa provision de selvas y de faunos, para consumo y alimento de cincuenta generaciones. Habia sembrado tantas encinas como vigas debia haber despues en las casas, y multiplicado la caza de lo necesario para las mesas. Habia depositado en las entrañas de la tierra, la piedra y el mármol, la cal y el barro, el hierro y el estaño, y el combustible, precioso tizon conservado desde los primeros cataclismos y que guardaba el mundo moderno, en el Erebo profundo de sus minas.

He terminado mi larga peregrinacion. He tocado á la orilla sagrada. Ahí está, ahí veo á la Galia de rubios cabellos, á la Sulamita del Poniente. Dejadme que la salude al paso con un nombre de amor. Ahí está recostada á orillas del mar, en la gracia salvaje de su juventud. Las olas la besan respetuosamente con sus amargos labios y la columpian al sordo murmullo de sus aguas. Sin duda ha oido una voz en el espacio, porque se ha inclinado y escucha. El viento de Dios estremece su corona de yedra, la llama del deseo infinito brilla en su mirada. Está esperando la copa en la mano, en la ansiedad de su pasion, la venida del prometido.

El cristianismo apareció y la Galia reconoció á su esposo. La civilizacion antigua, romana ó griega, habia sido esclusivamente urbana, y estaba encerrada ó concentrada en la ciudad. La ciencia de la asociacion y de la política sacaban su nombre de la ciudad, *Polis*. La ciudad era, pues, la sociedad por excelencia, la única sociedad. Allí residia el soberano. Allí el agorero, el foro, el consejo, el tribunal, la tribuna, el escrutinio. Allí estaba la vida elevada á su más alta fórmula: la poesía, la filosofía, la escuela, el gimnasio, el arte, el teatro, el mercado, el taller. Allí afluía toda poblacion que quisiese vivir con la vida múltiple y abundante del sentimiento, del pensamiento, del arte y de la industria. El ciudadano libre y alimentado por la esclavitud estaba unido á las murallas de la ciudad, por costumbre y por todos los goces del cuerpo y del alma. Un reintegro sobre el suelo que habia abandonado hacia siglos, le parecia una reduccion de su ser, una muerte parcial, una apostasía de su dignidad, un retiro á la barbárie.

La ciudad existia entonces. El campo no existia, si por existencia se entiende la incorporacion del hombre libre é inteligente á cada parte del territorio, de modo que del monte al llano, de la fuente al mar, no haya un solo valle, ni un terron de tierra que no viva con la vida humana. Pero en este período de la civilizacion, el suelo estaba desierto y herido de anatema. La antigüedad, colocada alrededor de sus termas y de sus teatros, oia apenas sonar á lo lejos, el ruido del paso del esclavo, y las campanillas del rebaño.

Roma tendia cada vez más por la naturaleza de su civilizacion, á desarrollar la ciudad á costa del campo. Rompió la simetría que la Providencia ha querido es-

tablecer entre el hombre y el suelo necesario á su subsistencia, borró de su mapa la aldea y sembró en torno suyo la esterilidad, abandonó al rebaño el territorio á que llamaba su provincia, y rodeada de la verde soledad de los Latifundi, fué á buscar la mies, desaparecida de Italia, al Africa y á la Sicilia. La agricultura huia á su horizonte, arrastrando consigo la vida del pueblo romano.

La invasion bárbara penetró fácilmente á través de esta civilizacion desnuda y vacía. La política de Roma, abriendo por todas partes camino del Tiber al Rhin y del Rhin al Danubio, habia preparado anticipadamente la conquista. La barbárie rodó en numerosa multitud, con sus carros y bestias, por los largos caminos hechos en la selvas, y subió por las calzadas, de arcos triunfales en arcos triunfales, por las señales aun recientes de las victorias de César. Iba escoltado por la llama, cogiendo las ciudades y saqueándolas. Rompió con fria crueldad, estos círculos estrechos de la idea pagana; los destrozó, y esparció la poblacion por la superficie del territorio; se llevó las ciencias y las industrias esclavas, y las instaló al aire libre en el campo cerca de las tiendas de su ejército. Así se llevaba la tribu vencedora los ídolos de la tribu vencida.

La vida política, antes confinada á los muros de la ciudad, emigró con la raza conquistadora de la ciudad al campo. Dos influencias contribuyeron á esta emigracion; la barbarie y el cristianismo.

La raza germánica, siempre errante, habia contraido, en su larga peregrinacion, la invencible costumbre de vivir al aire libre, como el viento que soplaba en

sus cabellos. Ansiaba el espacio para dar terreno á la expansion juvenil de su vigor. Templada para la caza y para la guerra, se hubiera muerto detrás de la ciudad. Por eso despues de su conquista volvió á tomar el camino de la selva para continuar en medio de los lobos y jabalíes su antigua existencia de aventuras, y como personificaba en ella y concentraba en ella, con el derecho de la conquista, la propiedad y la autoridad, arrancó el poder para llevarle al campo.

La invasion halló la granja ó la *villa* patricia ámplianente extendida en medio de sus sucursales y de sus dependencias; su establo, su panadería, su fragua, su carpintería, su taller. El jefe bárbaro, franco, godo, visigodo, borgoñon, instaló allí su campamento, y creó la aldea con los restos mutilados de la *villa*. Pero la invasion continuaba: la bandada del dia siguiente venia á arrancar á la de la víspera su propiedad, ó mejor dicho, su presa. El conquistador, turbado continuamente en su conquista, abandonó la granja romana al aire libre y abierta por todas partes. Subió la senda escarpada de la colina y edificó á la altura del vuelo del águila, sobre la roca rodeada de precipicios, una nueva habitacion inaccesible á los ataques. El castillo reemplazó la *villa*.

El convento vino á habitar la muralla abandonada por el guerrero germano. El cristianismo habia buscado desde los primeros dias la rendicion del alma en la soledad, entre los helechos, léjos de las seducciones de la ciudad. Tenia, pues, simpatías por el campo, y era colonizador por devocion. Habia convertido al Evangelio á los vencedores. Esta conversion le cubria de

inviolabilidad. Bajó atrevidamente al valle. Ocupó la grande explotacion rural del patricio romano, y donde la casa faltaba, la hizo copiando la arquitectura. Reemplazó el compluvium con el patio, la galería con el claustro, la *cella* con la celda, el cenáculo con el refectorio. Como el señor, llamó á sí y aclimató en su territorio, todas las artes, todos los oficios; la arquitectura, la escultura, la hilandería, la escritura, la pintura. Pero el señor no habia instituido en su residencia más que el trabajo de sus manos; el monje llevó el trabajo de su pensamiento. Arrastró allí el génio de la antigüedad: como el trofeo del enemigo vencido, escondió la poesía y la filosofía griega y latina en el fondo de los pantanos.

El convento y el castillo eran los dos puntos fijos, los dos centros que atraian y agrupaban en torno suyo la nómada humana, diseminada y flotando en el espacio. La poblacion laboriosa, protegida aquí por la fuerza y allí por la piedad, vino á establecer al pié de sus muros su habitacion y su industria. Aquí la casa, desbordando de las murallas del torreon, colgaba á la mirada como un racimo sobre la pendiente tosca de las alturas. Era la aldea hija del castillo. Llevaba el nombre de la roca ó del monte que marcaba su orígen. Allí al contrario, la casa dormia pacíficamente á la sombra del campanario, dispersada y blanca, en la colina ó en la pradera, como la oveja al lado del pastor. Era la aldea hija del monasterio. Llevaba casi siempre el nombre del santo ó de la santa protectores de la iglesia ó de la capilla.

Despues de haber arrancado de este modo la civilizacion de las ciudades, para esparcirlas al viento, el guerrero y el cristianismo tomaron cada uno la mitad de la humanidad. El franco reinó sobre el territorio, el cristianismo sobre las almas; el uno tuvo la riqueza, el otro la influencia; el uno habitó las montañas, el otro los valles; el uno vigiló, el otro colonizó; y ambos, llevando su bandera y su cruz de cima en cima, de desierto en desierto, sembraron detrás de su huella, y repartieron por igual la semilla humanitaria sobre toda la superficie del territorio. Así crearon lentamente esa admirable gerarquía de poblacion que crece gradualmente de la choza á la aldea, de la aldea al pueblo, del pueblo á la ciudad, de la ciudad á la capital. Constituyeron esa nacionalidad enérgica y compacta, que rechazará por medio de la trama apretada de sus moléculas, todo ensayo, toda idea de conquista. La Francia, cubierta por todas partes, defendida por torreones y ciudadelas, podia empezar en paz el trabajo material é intelectual de su nueva civilizacion. Cuando el viajero atravesaba por la tarde la inmensa selva húmeda y nebulosa que producia un perpétuo gemido bajo la sombra fúnebre de sus ramas, podia estar seguro que iba á oir, á la caida de la tarde, el sonido de la campana ó del cuerno de caza, y que iba á ver brillar ante sus ojos, á los últimos resplandores del poniente, la piedra del torreon ó la flecha de la abadía. La tierra estaba por todas partes habitada, cultivada, incorporada, identificada con la humanidad; vivia y pensaba en todas partes. No habia una gleba que no tuviese su alma y que al llegar la hora no pudiese levantarse y decir: Héme aquí.